

La herencia del gis y el camino rural

Marina Bravo Núñez*

“Mi vocación no nació en un aula, sino en el aroma a gis (tiza), a madera de lápiz y a pizarra vieja no sólo describo un lugar, describo una herencia”. Todavía hoy, si cierro los ojos, puedo volver a casa de mi abuela. Al cruzar el umbral, el aire cambiaba: olía a pizarra, a madera de lápices recién tejadados y a ese polvillo de gis que parecía flotar bajo la luz de la tarde.

Ella, una de las maestras más antiguas de mi pueblo, no sólo enseñaba; ella transformaba. Verla ahí, regularizando niños con la misma destreza con la que recorrió los caminos como maestra rural, desafiando la época me llenaba de orgullo silencioso. Yo no sólo veía a mi abuela, veía a una pionera que había llevado el saber a dónde había estudiantes. En ese pequeño salón de regularización, entre cuadernos y el eco de las lecciones, comprendí que ser docente no era un trabajo, sino un linaje que yo estaba destinada a continuar”.

La prueba de fuego: Maestra antes de tiempo

“Con apenas 16 años, la vida me puso frente al pizarrón, pero no en las condiciones que yo imaginaba. Me integré al Consejo Nacional del Fomento Educativo (CONAFE) y de repente, la niña que jugaba a enseñar se convirtió en la maestra de una comunidad tan alejada donde el mundo parecía terminar ahí. Fue un choque de realidades. Yo todavía era una muchacha, casi una niña, cargando con la responsabilidad de guiar a otros niños.

Me mandaron a lugares donde la distancia no se medía en kilómetros, sino en horas de camino y en el silencio de los cerros. Ahí lejos de la comodidad de mi hogar y del refugio de mi pueblo, tuve que aprender a convivir, a comer y a sentir con la gente de la comunidad. Ellos abrieron sus puertas y yo le abrí mis cuadernos. En esa convivencia diaria entendí lo que mi abuela vivió como maestra rural:

La soledad del maestro, que se convierte en fortaleza al caer la noche, la madurez forzada en el momento exacto en que dejé de ser una joven para convertirme en la maestra, la figura en la que la co-

munidad depositaba sus esperanzas, la enseñanza mutua, yo le enseñaba a leer y escribir, pero ellos me enseñaban a sobrevivir, a ser resiliente y a valorar la esencia humana por encima de las carencias.

De las aulas al camino: Formando futuro

Apenas cumplía los 17 años cuando mi papel cambio. El CONAFE confió en mi para ser capacitadora, una responsabilidad que me llevó de un aula fija a los caminos polvorientos de varias comunidades. Ya no sólo tenía a mi cargo el aprendizaje de los niños, ahora era la responsable de formar a otros jóvenes, de transmitirles la chispa de la enseñanza y de asegurar que en el rincón más apartado, la educación no se detuviera.

Mi vida se convirtió en una travesía constante. Me iba por tres días a una comunidad, dormía donde el destino y la hospitalidad de la gente me daban cobijo y luego partía hacia la siguiente. Esas noches, lejos de mi verdadera escuela de vida. En esas visitas de observación, mi labor era total, el acompañamiento viviendo su realidad para entender sus retos, la mirada crítica y amorosa, los observaba dar clases, no para jugarlos, sino para pulir en ellos ese arte que yo misma seguía descubriendo, la templanza con 17 años debía proyectar la seguridad de una experta, mientras por dentro seguía asombrándome de la fuerza que tiene un maestro cuando decide cambiar el mundo, comunidad por comunidad.

Pero si hubo una experiencia que terminó de forjar mi carácter y mi visión del magisterio, fue adentrarme en el municipio de Xichú, allí en las comunidades más remotas de la sierra, la labor docente adquiere una dimensión casi sagrada, acompañé a otros tutores a caminar por esas veredas que parecen no tener fin. No eran sólo caminatas de observación; eran lecciones de vida en cada paso: Al recorrer esos senderos escarpados, bajo el sol o la neblina, comprendí lo que significa realmente ser un maestro rural.

Experimente en carne propia el cansancio de los pies, pero también la determinación del espíritu de quien sabe que, al final del camino, hay un grupo de niños esperando para aprender, al vivir la experiencia junto a ellos, entendí que no puedes evaluar a un maestro sino has caminado sus mismos pasos, si no has sentido la soledad de la sierra y la calidez de la comunidad que te recibe, Xichú me enseñó que la educación no se detiene ante la geografía. Ver a los

maestros llegar a sus escuelas tras horas de camino me hizo reafirmar que yo quería ser parte de ese ejercicio de esperanza que llega a donde nadie más llega.

El sacrificio que alimenta el sueño: “Al terminar mi etapa en el CONAFE, el horizonte parecía trazado: tenía en mis manos una beca de cinco años, el fruto de mis caminatas, esfuerzos en la sierra y los caminos. Sin embargo, la vida me tenía preparado un reto mayor y un cambio de rumbo personal: me casé y pronto llegó la bendición de mi hijo”.

Muchas habrían pensado que ahí terminaba mi historia docente, pero para mí apenas era el combustible para demostrar de qué estaba hecha. Con la responsabilidad de un hogar y un niño en brazos, no solté mi meta. Terminé la preparatoria y con el corazón lleno de nervios, ingresé a la Escuela Normal Oficial de Irapuato, esos cuatro años fueron una verdadera carrera de resistencia.

El cansancio del camino estudiaba en el turno de la tarde lo que significaba viajar a diario, ver pasar los kilómetros mientras repasaba lecciones en la mente y regresaba a casa ya entrada la noche, llegar a oscuras no significaba descansar; significaba empezar la jornada de madre y, al mismo tiempo, sentarme a estudiar bajo la lámpara cuando el silencio de la casa por fin me lo permitía, pero recordaba por qué estaba ahí. No era sólo por mí, era por honrar esa herencia de mi abuela y por demostrar que la vocación cuando es verdadera, no conoce de imposibles, sabía que estaba construyendo el puente hacia el aula que tanto soñé de niña.

La consolidación, el título de la Normal no fue el final, sino el inicio de una nueva travesía. Mis primeros pasos como docente titulada me llevaron por las aulas de Salamanca y Valle de Santiago, donde cada grupo de alumnos me recordaba por qué había decidido no rendirme. Finalmente llegó el momento tan esperado y a la vez tan retador, mi base. El destino fue Romita, recibirla fue una alegría inmensa, pero también un nuevo sacrificio, pues significaba estar lejos de mi familia, reviviendo de alguna forma aquella soledad que conocí entre cerros y caminos, pero ahora con la madurez de los años.

Sin embargo, la vida y mi perseverancia me trajeron a un lugar que nunca imaginé. Hoy, mi labor se desarrolla en San Miguel de Allende, Guanajuato, aquí mi compromiso con la educación se ha multiplicado: trabajé en doble turno, entregando mi energía de sol a sol. La mañana en una escuela rural en el camino para llegar al salón de clases y la tarde dos turnos, dos grupos diferentes, pero una misma pasión, cuando entro al

salón y percibo de nuevo ese olor a lápiz y a trabajo diario, no puedo evitar sonreír. Soy la nieta de aquella maestra rural, soy la joven que caminó los cerros de Xichú y soy la madre que viajaba de noche desde Irapuato.

Hoy, ser docente en San Miguel de Allende no es sólo mi trabajo; es el lugar donde todas esas historias se encuentran. Por eso me hice docente: porque entendí que un maestro nunca deja de caminar, nunca deja de aprender y, sobre todo, nunca deja de creer en el futuro de sus alumnos.

La preparación nunca termina hoy, mi historia ha dado un giro hermoso y lleno de esperanza. Gracias a mi becomisión, hoy tengo la oportunidad de dedicarme de lleno a mi preparación profesional. Este tiempo de estudio no es un descanso, es una siembra. Me preparo con la misma ilusión de aquella primera vez, pero con la sabiduría que me han dado los años frente a grupo. Mi meta es clara: quiero regresar con mis alumnos de San Miguel mejor preparada, con herramientas nuevas y con la expectativa de seguir transformando vidas.

Aunque los tiempos han cambiado y la tecnología nos rodea, la esencia del niño que busca ser escuchado y valorado sigue siendo la misma. Mis alumnos son mi motor diario; sus dudas me obligan a investigar más y sus logros son mi mayor recompensa. Me doy cuenta de que, aunque yo soy la guía, ellos me enseñan cada día lecciones de resiliencia, alegría y curiosidad que no se encuentran en ningún libro de texto. Son ellos quienes dan sentido a cada kilómetro recorrido en mi historia.

- **Porque ser docente es eso:** Un ciclo eterno de aprendizaje. Ayer fui la niña que olía el gis de su abuela; hoy soy la maestra que busca la excelencia para sus alumnos. Y mañana seré el reflejo de que, cuando se ama lo que se hace, el camino nunca termina, sólo se hace más ancho y brillante.
- **Por eso me hice docente:** Porque creo que la educación es la única herramienta capaz de mover montañas, incluso las más altas de la sierra.
- **Por eso me hice docente:** Para ser ese puente de esperanza que mi abuela me enseñó a construir.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria Urbana “5 de mayo” en San Miguel de Allende, Gto. marinabravonu.44@gmail.com